

DÍMELO EN CRISTIANO

Jesús Bastante Liébana. Periodista, redactor jefe de Religión Digital

Y el Verbo se hizo noticia...

“Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos, 16, 15). Y el Verbo se hizo carne, en la figura de Jesús de Nazaret. Y el hombre se hizo famoso, e hizo llegar su mensaje de amor, solidaridad y alegría a todos los rincones de Judea, Samaria, a todo Israel, y llegó a los oídos de los poderosos y fariseos, quienes pusieron el grito en el cielo. Y fue traicionado por sus amigos y salpicado de odio, dolor y muerte en cruz. Y el Verbo Resucitó, y se hizo noticia, Buena Noticia... y fue cuando pidió a sus discípulos llevar el anuncio a todos los rincones de la Tierra... y ahí entramos nosotros.

Cristianos: profetas y altavoces

El Cristianismo, más que un religión, es un sistema de valores, un modo de vida. Un camino, el de los seguidores de Jesús, que nos obliga a dar noticia de su vida, su muerte y su Resurrección. De su ejemplo. Estamos llamados, pues, a ser profetas de la buena ventura, altavoces de la vida, las Bienaventuranzas y la alegría de creer.

Comunión, comunicación y comunidad

No puede existir comunión sin comunicación. No se puede anunciar el Evangelio sin el “otro”, nuestro interlocutor, el que está enfrente, ya sea en casa, en la escuela, en el trabajo o en la calle, en nuestro ámbito profesional o relacional. La Buena Noticia de Jesús es una historia de amor, y como tal debe ser contada, vivida y compartida. Y comprendida. De ahí la importancia del “otro”, de su capacidad de escuchar, del idioma en que hable, del modo en que pueda entender. Comunión, comunicación... y comunidad, otro término de la misma rama. Sin comunidad es imposible transmitir la Palabra, crear comunión.

Comunicar en el hoy y el ahora

No lo digo yo. Lo dice el Papa Francisco: “Quiero insistir en algo que parece evidente pero que no

siempre es tenido en cuenta: el texto bíblico que estudiamos tiene dos mil o tres mil años, su lenguaje es muy distinto al que utilizamos ahora. Por mas que nos parezca entender las palabras, que están traducidas a nuestra lengua, eso no significa que comprendamos correctamente cuanto quería expresar el escritor sagrado”

¿Quién comunica? TODOS

“Todo el pueblo de Dios anuncia el Evangelio”, señala el Papa. A través de los medios de comunicación, la escuela, el púlpito, el trabajo, las relaciones sociales, la familia y, también, en el interior de la Iglesia. Porque, en ocasiones, sucede que somos los “cristianos” los que más necesidad tenemos de escuchar, y de entender, la Buena Noticia del mensaje de Jesús de Nazaret.

Un mensaje propositivo

Hay que procurar que el mensaje sea propositivo, atractivo, decente, que no chirríe, que no oscurezca, que no dé miedo.

El mensaje de Cristo no es de condena, sino de salvación; no es de poder, sino de servicio; no es de prohibición, sino de propuesta; no es de lágrimas, sino de alegría. La Buena Noticia no es la muerte, sino la Resurrección.

“¿Qué significa evangelizar? Dar testimonio, con alegría y sencillez, de lo que somos y creemos”, sostiene el Papa Francisco. Con todos los medios a nuestro alcance, desde el papiro a las nuevas tecnologías. Desde el mural al “selfie”.

Los mandamientos de la comunicación en y desde la Iglesia

¿Qué características debe tener un director de comunicación en y desde la Iglesia? Nos atrevemos a hacer algunas apreciaciones, a modo de decálogo: Los Mandamientos de la Comunicación Eclesial. Tomado de unas ideas de M^a Angeles López

1.- Accesibilidad: muchas veces, los periodistas no saben a quién dirigirse para recabar información. Los gabinetes de prensa no existe, o son un teléfono y una dirección de correo. A veces, todavía, se limitan a un número de fax. ¿Quién hay detrás? ¿Cómo es su voz, el color de sus ojos? ¿Es hombre o mujer, sacerdote, religiosa, laico, consagrado...? Al igual que en la vida, en las relaciones entre un gabinete de prensa y los periodistas se tiene que dar un proceso comunicativo

basado en el conocimiento, la interrelación.

Ha de existir un vínculo, por pequeño que sea, entre informador y su interlocutor. En caso contrario, estamos perdidos. Una persona a la que los medios conozcan por su nombre, con un teléfono móvil donde estar localizable a cualquier hora -no teman, los periodistas no van a publicar su número ni van a gastar bromas de madrugada-, y que esté interesado por el trabajo que se realiza desde el otro lado. Sólo saltando la trinchera acabaremos con ella.

2.- Agilidad: estamos en plena era de internet, donde la noticia se queda vieja en cuestión de minutos, donde a cada rato se necesitan nuevos datos. Probablemente se trate de una realidad enfermiza, pero no deja por ello de ser verdad. Los medios necesitan que alguien satisfaga sus preguntas en el menor tiempo posible. Ya no sirve aquello de que si no te cogen el teléfono -y por ende, no puedes conseguir la “otra” versión- la información no puede salir.

Es imprescindible, por ello, trabajar por mejorar la agilidad. Y eso sólo se consigue cuando desde la dirección de diócesis, congregaciones o asociaciones dotan de la suficiente autonomía y libertad a sus responsables de comunicación. Si nos fiamos del portavoz, lo hacemos para que sea la voz, la imagen, de la institución. No se puede consultar con los superiores a cada paso que se da, o a cada pregunta que se formula. Agilidad supone, también, ganar en libertad, autonomía y frescura.

3.- Transparencia: no vale -ya no vale- informar sólo de aquellos temas que nos gustan o nos convienen. Evidentemente, los gabinetes de comunicación han de tener entre sus objetivos promover la imagen de la institución y sus ideas y proyectos madre, pero su trabajo no puede quedarse ahí. Muchas veces, el teléfono suena, o se recibe un correo electrónico, y las preguntas no giran en torno a tal o cual plan pastoral, o a cifras de asistencia a misa, primeras comuniones o integrantes de una determinada orden religiosa.

Debemos tener respuestas también para aquellos temas que no nos gustan, incluso aquellos que nos incomodan. Lo hemos vivido, desgraciadamente, en casos como la pederastia o escándalos financieros. La estrategia del avestruz no funciona, y siempre es mejor una respuesta rápida, aunque sea incompleta, que las fuentes oficiosas o clandestinas. En caso contrario, nos encontramos con la obligatoriedad de salir a posteriori, y a la defensiva. Hay que entender que la comunicación comprende hablar, decir lo que se sabe, no jugar a ocultar o esconder informaciones que no nos interesan. Atajar esta práctica es crucial en nuestros días, y especialmente en instituciones eclesíásticas que por tamaño o por historia no pueden pretender una actitud inmaculada de todos y cada uno de sus miembros, durante todos y cada uno de los momentos de su historia. Es preciso un curso urgente de “gestión de crisis”, como veremos más adelante.

4.- Hacerse entender: Es uno de los caballos de batalla del Papa Francisco, y se nota en sus apariciones públicas. Al Papa se le entiende sin necesidad de haber estudiado Teología o tener un master en Derecho Canónico. Una de las obsesiones de Bergoglio respecto a los sacerdotes es que entiendan que sus homilias no están hechas para ser leídas ante un tribunal de tesis doctoral, sino ante los fieles. Algo parecido sucede con algunos gabinetes de comunicación.

Digámoslo claro: no hay quien entienda el lenguaje eclesiástico. No sólo por la jerga -que se las trae para el común de los mortales-, sino por lo farragoso que resulta. Unos párrafos repletos de hipérbolos, frases subordinadas hasta el infinito, que no hacen sino aburrir al personal y, a la larga, esconder el mensaje que se quiere transmitir en un velo de solemnidad rayano en lo ridículo.

Por no hablar del otro gran problema en este aspecto: el lenguaje religioso ha perdido su significado en la sociedad actual. Por eso, debemos ser capaces de encontrar palabras y expresiones propias del momento, que sin variar el contenido del mensaje, sí hagan más atractiva su forma de llegar al público. Hoy, como en la Jerusalén del siglo I, hay que saber llamar la atención, y que te entienda todo el mundo. Así lo hizo Jesús.

5.- Nuevos tiempos, nuevos recursos: A veces sucede que un religioso/a es nombrado presidente de su congregación, o un sacerdote obispo, y la única imagen que llega a los medios de comunicación, junto a la nota... ¡es una foto de carnet! Como dirían los clásicos, “los tiempos adelantan que es una barbaridad”, lo que implica la perentoria necesidad de una modernización en el modo de llegar a los mass media. Vídeos, links, imágenes en alta definición, presentaciones on line... La tecnología actual nos ofrece un sinfín de posibilidades, en cantidad y calidad, que hemos de saber aprovechar. En este sentido, el papa Benedicto abrió una puerta que con Francisco se ha multiplicado hasta el infinito. Y mientras tanto... ¿cuántos obispos tienen Twitter? ¿Cuántos cuelgan sus pastorales en facebook o redes sociales? ¿Cuántos han probado a lanzar las redes en la Red? Los nuevos areópagos se nos están escapando a la carrera.

6.- Ponernos en el lugar de: En el lugar de los medios, pero también, y sobre todo, en el de la gente que los va a leer, escuchar, ver, con los que va a interactuar. Es importante “convencer” al periodista, pero también ser sensibles de a quién va a dirigir éste su trabajo. No es lo mismo escribir una noticia para un periódico comarcal que para uno nacional, para un deportivo que para un económico. También, hemos de entender que no todo lo que parece importante para la institución, lo es para la opinión pública. Me explico: el nombramiento del general de una orden religiosa es un

grandísimo acontecimiento... para la orden religiosa. Para el resto del mundo, depende. De quién es, qué dice o qué piensa.

Por eso se hace indispensable que la noticia -incluso esa noticia- no sea aséptica, sino que vaya acompañada de un buen titular, una entrevista, unas declaraciones con “chicha”... De este modo, casi aseguraríamos que el trabajo del gabinete de prensa saliera (me atrevo a decir que sin tocar una coma) en los medios.

En este punto, se hace imprescindible la presencia, al frente de los gabinetes de comunicación eclesiales, de auténticos profesionales del Periodismo, que entiendan, valoren y solucionen las necesidades de los medios. Y si son creyentes, pues se sentirán mucho más identificados con la labor que se lleva a cabo.

7.- No ser “plastas”: La transparencia, la cercanía y el estar permanentemente disponible para los medios no se debe confundir con la pesadez. Existen en nuestra Iglesia muchos gabinetes de comunicación que se han pasado de frenada, y a diario envían docenas de notas de prensa para informar de todos los acontecimientos que suceden en su diócesis o congregación. De TODOS. Da igual si el obispo se ha reunido con el presidente de su Comunidad Autónoma o si ha enviado una felicitación de cumpleaños a su hermano Julián.

No tiene sentido abrumar a los medios de comunicación con cualquier cosa. De ahí la importancia de que el profesional que se ocupe de la relación con los medios de comunicación forme parte de la estrategia de la empresa, y pueda discernir qué enviar o qué guardar. De igual modo, habrá informaciones que sólo interesen a nivel local, mientras que otras podrán ser enviadas a medios internacionales.

No todo es publicable, aunque esté bien escrito. Hay que saber elegir cuidadosamente los tiempos y los contenidos de lo que queremos transmitir para ser eficaces en nuestro trabajo. Y, también, estar a pie de calle para salir al paso de cuestiones que preocupan a la sociedad. En época de crisis, por ejemplo, la labor de Cáritas, o de los religiosos que acogen a migrante y refugiados.

8.- Usar la imaginación: Sabiendo responder a las demandas de los medios, estando disponible, ofreciendo las informaciones requeridas, habremos hecho una parte de nuestro trabajo. Pero ojo, sólo una parte. Debemos generar informaciones interesantes, hacer que nuestro “producto” -a fin de cuentas, el Evangelio- sea atractivo, noticiable y susceptible de ser difundido. Hay que darle a la

imaginación, encontrar nuevos métodos -desde los book trailers en el caso de las editoriales a los videochats con misioneros en el caso de las congregaciones, por poner dos ejemplos- para ofrecer ese plus que se nos exige en nuestro trabajo y nuestra vocación.

9.- Recuperar la naturalidad: durante demasiado tiempo, y aun hoy, las instituciones de Iglesia - con honrosísimas excepciones- sufren el mal del protocolo. Todas las informaciones resultan excesivamente cargantes, artificiosas o jerarquizadas. Hay notas de prensa donde el cargo de los firmantes supera, con mucho, la información que se quiere dar. Debemos ser más naturales, más frescos, dejar a un lado el lenguaje teológico-doctrinal y enfocar la cuestión por la cercanía, la empatía y la misericordia. En esto, como en otras muchas cosas, Francisco nos está dando una pasada por la izquierda tremebunda. Hay un lugar para la densa teología, para los conflictos doctrinales en detalle.. pero no está en los medios.

10.- Perder el miedo: a salir en los papeles, a aparecer en los medios, a participar en debates públicos, a mostrar en libertad -pero también en igualdad de condiciones- nuestras ideas ante otro interlocutor. Hay que dejar de pensar que nuestros únicos púlpitos son los de las iglesias, donde nadie -en principio- puede discutir al que pronuncia la homilía, el discurso o la admonición. Hay que acostumbrarse, y promover, la aparición en los medios de comunicación. En los confesionales y, sobre todo, en los ajenos. Y entre ellos, cuidando especialmente a los que en principio puedan estar más alejados del Evangelio.

“Mirad cómo se aman”, decían de los primeros cristianos. Y hoy, esa frase cobra más importancia que nunca. “Mirad cómo se aman... y qué bien lo cuentan”. Hay que anunciar la Buena Noticia... y también, y sobre todo, “ser” buena noticia. Presentando nuestra vida y cómo la vivimos. Así, como Jesús, es imposible que algo salga mal.

Dos ejemplos a imitar y a no hacerlo

1.- Actuación del Opus Dei en el caso del Código Da Vinci

2.- La gestión de la crisis de abusos: desde Spotlight al drama de la pederastia chilena

Conclusiones: Abecedario para “hablar en cristiano”

En esto de la comunicación no hay fórmulas mágicas, ni recetas infalibles, ni técnicas a prueba de bombas. Llegar a interrelacionarse con tu interlocutor depende, en buena medida, de las propias intenciones, pero también de ese intrigante personaje llamado «el Otro».

Para construir el «Nosotros», hace falta salir del propio yo y confiar en la persona que tenemos delante. Merece la pena intentarlo. Más bien, merece la alegría. Construir «en cristiano» supone hacerlo «en primera persona del plural», desprenderse de uno mismo, darse y compartir, con los riesgos y los desafíos que esto supone.

Buena voluntad, profesionalidad y respeto son imprescindibles para comenzar el camino. En nuestra mochila tendremos que colocar, además, buenas dosis de paciencia, escucha, constancia y alegría. Y un hueco para el Evangelio bien grande. Y fotos de nuestra familia, nuestros amigos y compañeros de trabajo o camino de fe. Y páginas del álbum vacías para llenarlas con nuevas experiencias. Oídos abiertos y lengua renovada. Piernas dispuestas y brazos extendidos. Y con la nariz bien sonada para aspirar el aroma del mundo nuevo que ya llega. Que está llegando.

Para expresarse, indudablemente, necesitamos las palabras. Y estas están repletas de letras, que uniéndose unas con otras hacen salir un discurso. Al igual que la comunidad cristiana, cada seguidor de Jesús, por sí solo, apenas tiene significado. Pero todos y cada uno somos imprescindibles para que la Iglesia tenga un significado pleno de vida, alegría y futuro.

No hay palabras mágicas, repito, pero sí algunas que os presentamos, a modo de Abecedario, para que nos ayuden a «hablar en cristiano»:

A: de Alegría. Fundamental para todo aquel que quiera comunicar la Buena Noticia. El mensaje de Jesús es un mensaje alegre, que esponja el corazón, que agita el alma. Que sacude todos y cada uno de los rincones de nuestro cuerpo en una enorme carcajada de vida. Hay que reír más, que nos vean alegres y no con esa cara de vinagre que tanto asusta a nuestro papa Francisco.

B: de Buena Noticia. El Evangelio es esto, la Buena Noticia contada a todo hombre y mujer de todo tiempo. También a los de este aquí y este ahora. Un comunicador cristiano que se precie debe ser portador de buenas noticias, y no un profeta de desventuras; un profeta de la belleza y no un mensajero del miedo.

C: de Corazón. Hay que ponerle ganas, sentirlo, que salga de dentro. Si no, es imposible llevar la

Palabra de Jesús a nuestra vida y comunicarla. La pasión, el gozo, el impulso de salir hacia adelante, y no tener miedo es la clave.

D: de Donación. Para establecer una comunicación entre iguales hay que «tirarse a la piscina», aprender a darse sin esperar recibir algo a cambio. Es la única manera de que «el Otro» confíe en la veracidad de nuestros argumentos, en la bondad de nuestro acercamiento. Dando es como se recibe, y no al contrario. No nos cansemos de ofrecer nuestro camino, que no es otro que el camino de Jesús. No nos cansemos, tampoco, de caminarlo, y de ofrecer también esa experiencia personal. Ganaremos mucho en credibilidad.

E: de Esperanza. No hay que perder jamás la esperanza. En este camino de la fe, y de llevar la Buena Noticia a todos los rincones, no existen los imposibles. Sí existen los fracasos, las dudas, las incomprensiones, la mala organización, los errores. Pero si creemos sabemos que nada es imposible para Dios; y si estamos convencidos de que el mensaje de Jesús es el mejor para todos, la cosa acabará funcionando. Esperanza (y otra «e», la de Espíritu).

F: de Felicidad. Que no deja de ser un estado del que vive con gozo su fe. Estamos llamados a ser felices, y este objetivo, como la propia vida, es un camino que se ha de recorrer sin descanso durante toda nuestra existencia. La felicidad solo se vive si se comparte, así que únicamente la podemos encontrar al lado de los demás. Y el mejor modo de encontrarnos con «el Otro», ya lo hemos dicho, es a través de la comunicación, la madre de todas las relaciones humanas.

G: de Globalización. Vivimos en un mundo en el que todo está conectado... excepto el ser humano. Rompamos esas barreras que nos separan, y utilicemos para ello todos los medios a nuestro alcance. Sin miedo, sin pensamientos derrotistas. Pensando en grande conseguiremos grandes cosas. Incluso, quién sabe, construir una Tierra nueva para todos.

H: la consonante muda. Evitemos el silencio, que mata, que te hace cómplice, que apaga como una losa los gritos de quienes sufren. Aprendamos a ser voz de los «sin voz», a romper los «silencios administrativos» en los que desgraciadamente estamos tan acostumbrados a vivir.

I: de Imaginación. Transmitir la Buena Noticia del Evangelio requiere formas renovadas y atractivas. Que no nos dé miedo decorar la casa a gusto de quien nos visita, sin que ello suponga destrozar los muros de contención ni echar abajo los cimientos. Hay que soñar, y buscar los modos más innovadores para acercar el mensaje de Jesús a todos los rincones, en todo tiempo y lugar.

Quedarnos dentro de los muros de la Iglesia solo nos traerá soledad, autocomplacencia, una falsa sensación de seguridad y, como mucho, sombra en mitad del ferragosto. Pero no servirá para cumplir con nuestro deber como cristianos: hacer que la Palabra de Jesús llegue a los oídos de todos, incluso aquellos a los que la música le suena desagradable porque se han acostumbrado a escucharla con instrumentos desafinados.

J: de Jesús. Imprescindible. Sin Jesús de Nazaret nada es posible. Él es el Camino, la Verdad y la Vida. El ejemplo a seguir. Él, que siendo hijo de Dios, se hizo inmensamente humano, y que nos enseña a los hombres y mujeres que somos hijos de Dios. Y que tenemos los dones justos y la capacidad para hacer lo que Él nos dijo. Jesús es el espejo en el que todos los cristianos debemos mirarnos. Jesús, no sus sucedáneos ni quienes se arrojan su única representación. No seamos como la madrastra de Blancanieves.

K: de Kilo. De las toneladas de alimentos que tiramos a diario y que podrían alimentar a los millones de personas que a diario pasan hambre en este mundo nuestro. Kilos y kilos de solidaridad que hacen mucha falta, y que son material sin el cual resulta imposible que el mensaje de Cristo se perciba como coherente y realizable. Es precisa una «Operación Kilo» en los corazones de los seguidores de Jesús, en el interior de cada comunidad cristiana. Si creemos que el mundo tiene solución, y ponemos las bases para ello, será infinitamente más sencillo que quienes nos miren vean reflejado en nuestros rostros la mirada de Jesús.

L: de Libertad. No puede haber cristianos que no se sientan libres, ni Iglesia que pueda presentarse como auténtica si tiene a sus miembros atados. Dios nos hizo libres, Jesús nos quiere libres, y debemos acoger libremente el mensaje, y transmitirlo a los otros. Y saber respetar su libertad para rechazarlo. La libertad, decía el Quijote, es el mayor bien de los hombres sobre la Tierra. La libertad es lo que nos puede hacer volar con alas nuevas, y lo que nos permitirá construir un Reino de hombres y mujeres libres, y amantes del Amor.

M: de Medios de comunicación. Los medios de comunicación, querámoslo o no, son herramientas imprescindibles para la evangelización. Lo hemos intentado apuntar a lo largo de este breve ensayo. Si renegamos de su uso —responsable, pero ineludible— estaremos traicionando nuestro compromiso de ser transmisores de la Vida que nos ha sido dada a través del Evangelio de Jesús. Los cristianos, hoy más que nunca, estamos obligados a presentarnos ante y en los medios de comunicación con alegría, esperanza y preparación técnica. Entrando en el debate, cambiando la agenda, siendo semilla que germina y no cizaña. Llevando el riego y haciendo surcos, no portando

la guadaña.

N: de No. Una palabra a desterrar entre los seguidores de Jesús. Y especialmente en España, donde los cristianos estamos demasiado acostumbrados a prohibir antes de escuchar; imponer antes que proponer; o negar antes que aprobar. Es mucho mejor pedir perdón que pedir permiso, dice el admirado padre Ángel, de Mensajeros de la Paz (cuya frase ha copiado el papa Francisco, por cierto). Y resulta infinitamente más saludable decir «Sí» a decir «NO». Probad a pronunciar ambas palabras frente al espejo, y observad vuestro rictus. Hace falta una Iglesia del Sí, de la propuesta, del testimonio, del ejemplo. Hace ya tiempo que se apagaron, por fortuna, las hogueras, aunque muchos todavía no se hayan enterado.

Ñ: de España. Y es que la Iglesia de nuestro país tiene todavía mucho camino que recorrer para poder ser maestra en esto de comunicar la Buena Noticia al mundo de hoy. Faltan medios, voluntad, creatividad y toma de conciencia de la importancia del cometido. Y de la que nos espera si no lo acometemos con rapidez y confianza en que con Jesús todo es posible.????

O: de Oración. El cristiano es una persona que ora, y cuya oración se convierte en un diálogo con Dios, la fuente de la que beber antes de hacerse al camino. La oración es una herramienta vital para cargar pilas, encontrar respuestas, transmitir valores y construir comunidad. «Allá donde dos o más se reúnan en mi nombre allí estaré yo», dijo el Señor. Y eso se manifiesta en la oración compartida, en los Sacramentos. Y en la vida cotidiana, en la que cada caricia, cada mano tendida, cada palabra de aliento, cada minuto de escucha, se transforman en una ofrenda al Creador.

P: de Profesionalidad. Dice el refrán que El infierno está lleno de buenas intenciones. Con ellas, se puede recorrer una buena parte del camino. Pero si no tienes buen calzado, conoces la senda, te hidratas y sabes dónde y cuándo parar a descansar, lo más probable es que tengas que abandonar el camino cansado, enfermo y con los pies llenos de ampollas. Entrar en comunicación con el mundo exige, también para un cristiano, hacerlo con profesionalidad, conociendo la técnica, el lenguaje, los modos y las «armas» de ese mundo al que nos enfrentamos. Y que deja de ser adversario cuando, sabiendo quién es, advertimos que nos une mucho más de lo que nos separa. Como en el atletismo, hay que saber combinar las ganas y el impulso con la técnica y los entrenamientos.

Q: de Qumram. No debemos olvidar jamás las fuentes. La historia nos demuestra a diario los errores y las virtudes que jalonan la existencia humana, desde que el mundo es mundo. Conviene echar mano de vez en cuando a los libros de Historia, a la experiencia de nuestros mayores, a los

métodos antiguos, para mejorar, aprender y discernir el camino correcto cuando se nos presenten dificultades, cruces y conflictos. Quien viaja y, sobre todo, quien conoce su historia, tiene mucho más difícil pensar en la dinámica de Blanco / Negro, Bueno / Malo, y entiende mucho mejor los procesos y la manera de alcanzar el fin buscado.

R: de Resetear. No tengamos miedo de dar marcha atrás; de reconocer los errores cuando nos equivocamos; incluso de volver a empezar, aunque sea de cero. Muchas veces, las ideas prefijadas hacen que nos equivoquemos de camino aunque todas las señales estén claras y el propio Jesús nos esté llamando apenas a dos metros de distancia. En ocasiones, es beneficioso hacer un reset en el ordenador de nuestras creencias y vivencias, revisar todo y separar el trigo de la paja. Las parábolas de Jesús son un gran ejemplo de cómo hacer nacer al «hombre nuevo». No hay que tener miedo a recomenzar, ni a llegar tarde. Hoy es siempre todavía. También para Dios.

S: de Sufrimiento. El camino no es fácil, y estará repleto de incomprensiones, rechazo y maldad, incluso por parte de aquellos que se dicen compañeros de camino. Jesús también fue traicionado, y algunos de esos traidores estaban entre sus propios discípulos. La alegría es fundamental en el camino de la Fe, pero también lo es la prueba, el sufrimiento, la duda, esa «noche oscura» de la que nos hablan los místicos. Aquel que no ha sufrido, que no ha dudado, que jamás se ha preguntado si tal vez podría estar equivocado no sé si será cristiano, pero lo que está claro es que no es de este planeta.

T: de Tiempo. La virtud de la paciencia, y de la constancia. Los cristianos tenemos todo el tiempo del mundo para conseguir llevar el mensaje de Jesús a todos los rincones de la Tierra. Mientras haya vida en este mundo, será una tarea inacabada. Lo cual no quiere decir que nos tumbemos a la bartola y esperemos a que sean otros los que sigan con el trabajo. Tu tiempo es sumamente valioso ante los ojos de Dios. Así que no te aceleres, pero tampoco te distraigas. Encuentra el ritmo, síguelo y no te perderás en el camino. O, al menos, no demasiado.

U: de Unidad. «Te pido que todos ellos estén unidos; que como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, también ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste» (Jn 17,21). Dios no se imagina un mundo uniforme, en el que todos vayamos cortados por el mismo patrón y pensemos exactamente lo mismo. El don de la unidad va mucho más allá: todos somos uno, porque todos somos hijos de Dios. Incluso aquellos que reniegan de él, o lo llaman de otro modo. Busquemos la unidad en la diversidad, comprendiendo que tú me completas, que yo puedo aportar algo para hacer tu vida más feliz, que construir el «Nosotros» es mucho más divertido —y mucho más útil— que

hacer nuestras propias —y exclusivas— capillitas.

V: de Valor. Hay que ser valientes para transmitir la Buena Noticia. Arriesgarse sin convertirnos en kamikazes. Dios no quiere mártires, busca profetas, testigos, maestros, hermanos. Y hay que ser muy valiente para acercarse a quien sufre y preguntarle qué le pasa; para mostrar cuáles son los valores que mueven nuestra vida; o para rezar incluso por aquellos que nos puedan insultar. Hay que ser muy valiente para no escudarse en las dificultades, para no enterrar nuestros talentos, para proclamar a los cuatro vientos que podemos ser felices.

X: nuestra misión ha de ser anónima, en el sentido de no buscar la vanagloria o el provecho propios. Pero debe tener nuestros ojos, nuestra boca, latir por nuestro corazón, debe tener un rostro y un nombre. Yo soy Jesús Bastante Liévana y me siento cristiano, y tú, seas quien seas, amigo X, eres mi hermano, y mi compañero de camino. Que el desconocimiento no se transforme automáticamente en desconfianza.

Y: la letra que más suma del abecedario. Necesitamos sumar en esto de ser cristiano, añadir cuantas más personas, cuanto más sentimiento, mejor. Que nuestras frases siempre tengan muchas «y» y pocos «ni».

Y Z: de Zapatos. Que gastemos muchos en el camino de la vida y de la felicidad. Que nunca nos cansemos de caminar, hasta que las suelas se transformen en cocodrilos, los calcetines se pueblen de tomates y los pies de callos y ampollas. Un paso tras otro, tras otro y otro más. Porque nuestra vida es buscar, caminar y hacer camino. Y acompañar a otros que, descalzos o con zapatos de charol, se encuentran perdidos y no saben hacia dónde dirigir sus pasos. Jesús es un magnífico GPS, y nosotros ya estamos en camino.

Un camino en el que cabe detenerse, pero no abandonar. Así que la última letra del Abecedario nos vuelve a llevar a la A: no olvides tu alegría, ni tus zapatos.